

ESTUDIOS

**«HACED ESTO EN MEMORIA MÍA»
(1COR 11,24)
LA MEMORIA EN LA ESCRITURA
Y LA TRADICIÓN EN LA IGLESIA**

ÁNGEL CORDOVILLA PÉREZ*

Fecha de recepción: diciembre de 2019

Fecha de aceptación y versión final: enero de 2020

RESUMEN

La memoria es clave para unir el pasado y el futuro desde el presente. En el cristianismo ésta tiene un papel fundamental para remitirse al origen fundante de la persona de Jesucristo y actualizar su presencia en cada situación histórica. A esta realidad la llamamos tradición. Con fuertes raíces veterotestamentarias, el memorial está en el centro de la tradición cristiana como mandato de Jesús a sus discípulos. Este solo es posible realizarlo bajo la acción del Espíritu paráclito, que nos conduce a la verdad completa. El crecimiento de la tradición que actualiza la revelación de Dios para la vida de los hombres ha de realizarse bajo unos determinados criterios, para así distinguir entre una renovación auténtica y su posible corrupción.

PALABRAS CLAVE. recuerdo, memorial, Espíritu de la verdad, desarrollo, criterios de discernimiento.

**“DO THIS IN REMEMBRANCE OF ME” (1COR 11:24)
MEMORY IN SCRIPTURE AND TRADITION IN THE CHURCH**

* Profesor de la Universidad Pontificia Comillas, Madrid. acordovilla@comillas.edu

SUMMARY

Memory is key to connecting the past and future with the present day. It plays a major role in Christianity as a way to refer back to the very origin of the person of Jesus Christ and adapt his presence to fit with the customs of the time. This is what we call tradition. At the heart of the Christian tradition is a memoir, deeply rooted in the Old Testament, in the form of the commands given by Jesus to his disciples, which can only be carried out through the actions of the Paraclete, guiding us towards complete truth. The growth of the tradition, renewing the revelation of God for mankind, has to materialise according to specific criteria so as to distinguish between an authentic renewal and its possible misdirection.

KEY WORDS. Memory, memorial, Spirit of truth, development, criteria for discernment.

1. Sin memoria, no hay presente ni futuro

El cristianismo remite de forma constante y permanente a un origen fundante y normativo. Este es la persona de Jesucristo, quien a través de sus obras y palabras nos revela la verdad de Dios y la verdad del ser humano. En cada momento concreto de esta historia particular los cristianos se han preguntado si estaban siendo fieles a este origen o, por el contrario, si con el paso del tiempo este manantial original se había anegado con elementos añadidos con posterioridad que más que facilitar el acceso a su realidad, lo velan y lo ocultan. Por otro lado, no podemos volver inocentemente a un origen remoto con la nostalgia de recuperar un pasado perdido intentando reproducir de forma mimética y arqueológica ese origen. El ser humano es un ser histórico, no atemporal, y está llamado a interpretar y actualizar desde el contexto concreto en el que vive las realidades que le son esenciales a su naturaleza o le han sido dadas gratuitamente en la revelación. Esta relación paradójica entre el origen normativo y el presente significativo en el cristianismo lo llamamos tradición. Esta es la corriente de vida que actualiza en el presente un acontecimiento salvífico que sucedió en el pasado y que a su vez nos abre al futuro absoluto que llamamos Dios.

Hemos de ser conscientes en nuestro contexto cultural actual que, a pesar de la pulsión hacia la inmediatez como forma fundamental de relacionarnos con la realidad, el ser humano solo puede relacionarse mediáticamente, es decir, desde una adecuada mediación. Somos seres determinados por las coordenadas espaciotemporales y nuestro «diálogo implicative con la realidad»¹, que llamamos experiencia, solo puede realizarse desde la mediación, también nuestra experiencia de Dios y nuestro encuentro con Jesucristo. Buscamos la inmediatez, la experiencia directa, como signo de autenticidad y fidelidad a un origen, mientras desconfiamos de las mediaciones demasiado gruesas y de las tradiciones demasiado complejas que nos ocultan y nos alejan de la «verdad primera»; pero, no podemos olvidar que sin mediación, no hay inmediatez; sin interpretación, no hay presencia; sin tradición, no hay origen; sin memoria, no hay presente ni en realidad futuro.

Esta necesaria relación entre ambas realidades se expresa en el cristianismo desde una adecuada correspondencia entre Cristo y el Espíritu. Si Cristo es el origen y fuente del cristianismo, norma constante de la vida de la Iglesia, el Espíritu es su memoria viva, quien hace posible que ese origen pueda ser actualizado y vivido en nuestro contexto actual. Solo desde el Espíritu Cristo puede hacerse presente hoy como una persona viva, como revelación de Dios para la vida del hombre; sin él no sería más que una figura o personaje del pasado que a lo sumo se puede admirar y tratar de imitar, pero nunca pretender «ser en él» o vivir «con él y desde él», «hacer esto en memoria mía», realidades en las que en definitiva consiste el ser cristiano.

2. «Recordad este día en que salisteis de Egipto...» (Ex 13,3)

El mandamiento principal de la fe israelita es «escuchar», es decir, acoger obedientemente la palabra del Señor y muy especialmente la confesión de fe de que Yahvé es el único Dios y Señor, a quien se debe amar con todo

1. Cfr. R. SCHAEFFLER, *Erfahrung als Dialog mit der Wirklichkeit*, Herder, Freiburg 1985.

el corazón, con toda el alma, con todas las fuerzas, con la totalidad del ser (cfr. Dt 6,4; Mt 22,37). Pero junto a este verbo esencial que define la fe israelita hay otro tan importante como este que es «recordar»². En el centro de la religión de Israel está el acontecimiento liberador narrado en el libro del Éxodo mediante el cual Yahvé saca y rescata de la esclavitud de Egipto a su pueblo para que pueda celebrar dignamente la alianza y la comunión con él. Este es un acontecimiento único y singular, que se convierte en origen normativo y hecho fundante para Israel, por lo que lo debe recordar siempre como acontecimiento fundacional: «Ese día explicarás a tu hijo: “Hago esto en memoria de lo que Yahvé hizo por mí cuando salí de Egipto”. Y será para ti como señal en tu brazo y como recordatorio en tu frente, para que tengas en tu boca la ley de Yahvé; porque con mano fuerte te sacó Yahvé de Egipto. Guardarás este precepto, año tras año, a su debido tiempo» (Ex 13,8-10).

Este acto de recordar no es puramente una acción psicológica de mirar hacia un pasado remoto y cada vez más lejano, no es sin más un recuerdo subjetivo. Se trata de un «memorial» (*zikaron*), es decir, un volverse hacia el pasado para actualizar el significado salvífico de ese acontecimiento haciéndonos de alguna forma contemporáneos a él mediante la fuerza de la palabra, el culto o algún signo significativo. El pueblo judío celebra anualmente en la Pascua este acontecimiento salvador³. Lo recuerda y así lo actualiza en su eficacia salvífica. La acción poderosa de Dios de rescatar a Israel de la opresión del poder del faraón y ofrecerle una alianza de comunión y un camino de vida (Decálogo) no puede caer en el olvido, sino que ha de convertirse en un «hecho vivo» mediante su ritualización sea a través de la recitación diaria (oración), la celebración actualizadora (pascua) o un signo socialmente constituido (sábado). En este sentido, este acontecimiento que está en el origen de Israel como pueblo de la Alianza

-
2. W. SCHOTTRUFF, «zkr – Recordar», en E. JENNI – C. WESTERMANN (EDR.), *Diccionario teológico manual del Antiguo Testamento*, Ediciones Cristiandad, Madrid 1978, 710-725; Id., *Gedanken im Alten Orient und Alten Testament*, Neukirchen 1964.
 3. Cfr. M. THURIAN, *L'Eucharistie memorial du Seigneur, Sacrifice d'action de grace et d'intercession*, Delachaux et Niestlé, Neuchâtel 1959, 35-49.

se convierte en tradición y así puede ser vivido como fuente de vida y de sentido «de generación en generación» (Ex 12,14).

Es obvio que esta tradición que guarda el acontecimiento fundante puede «espesarse» o pervertirse de tal forma que traicione su función de ser mediadora para convertirse casi en un fin en sí misma. Aquí entra precisamente la palabra profética que «recuerda» su sentido original y trata de «volver» a la pureza de ese acontecimiento para que un hecho salvífico no se convierta en piedra de escándalo o motivo de condenación. La misión de Jesús, especialmente tal y como es narrada por el evangelista Mateo, precisamente trata de mostrar cómo la tradición interpretativa de los fariseos y maestros de la ley se ha convertido en una carga y en un fardo imposible de soportar que traiciona el sentido original de las palabras y las acciones de Dios y de las instituciones fundamentales que las actualizan y las hacen presente, como la Ley, el Templo y el Sábado (cfr. Mt 5-7; 23). Un acontecimiento liberador no puede convertirse en una práctica que impide precisamente aquello que promete: la salud y la salvación del hombre (cfr. Mc 3,4). Siempre está ahí para las instituciones religiosas el peligro de «olvidarse del precepto de Dios, aferrándose a la tradición de los hombres» (Mc 7,8).

3. «Haced esto en memoria mía...» (1Cor 11,25)

La exhortación de Moisés al pueblo de Israel a recordar las acciones liberadoras de Dios se convierte en el imperativo de Jesús a sus discípulos a actualizar el gesto y la acción suprema de su entrega por nosotros y por todos los hombres: «haced esto en memoria mía» (1Cor 11,25). Como dice François Bovon comentado esta misma expresión en Lc 22,19: «el recuerdo no es la memoria nostálgica y melancólica de un pasado ya ocurrido, sino –según la concepción judía del recuerdo activo de la historia de la salvación– la actualización de los beneficios divinos. Por el rito –dice Lucas en su relato– la pasión de Jesús se vuelve presente en su componente salvífico»⁴. Esta memoria (*anamnesis*) se realizará a través de la acción

4. F. BOVON, *El Evangelio según san Lucas, vol. IV (Lc 19,28 – 24,53)*, Sígueme, Salamanca 2010, 282-283.

litúrgica (memorial eucarístico) y el compromiso existencial (ejemplo martirial). Este es el acto y el contenido esencial de la tradición cristiana, quien la pone en marcha como origen fundante y el contenido que debe ser actualizado y mantenido en el tiempo. Pablo no hace sino transmitir lo que a su vez ha recibido y que procede del Señor. El juego de palabras es altamente significativo. Tenemos el binomio de recibir (*parélabon*) y transmitir (*parédoka*) como hecho fundamental del acto de la tradición; pero es que el contenido de ésta no es otra cosa que la “entrega” de Cristo (*paredideto*). En este caso acto y contenido, entrega y tradición, se identifican.

La tradición es una *acción conmemorativa*, un hecho de memoria que remite a la única entrega de Cristo por nosotros y que debe ser actualizada como hemos dicho más arriba, ya sea mediante una acción litúrgica (eucaristía) o una acción existencial (vida). El evangelio de Juan ha situado en el relato de la institución el lavatorio de los pies, poniendo en boca de Jesús una invitación a la conmemoración de este hecho salvífico y ejemplar por parte de los discípulos, siguiendo el ejemplo del maestro que se hace siervo (cfr. Jn 13,15). «Haced» es el verbo que indica la acción fundamental de la tradición y precisamente consiste en hacer. La tradición se trata de una acción, de hechos, de transmisión de realidades, no tanto de comunicación de proposiciones teóricas o verdades eternas. «Esto» es la entrega de Cristo como síntesis de su vida y realización anticipativa de su muerte «por muchos». «En memoria mía», es decir, un hecho personal que, desde la conciencia y libertad de Cristo, va pasando por la conciencia y libertad de los cristianos gracias a la participación en el mismo Espíritu de Jesús. Para que se dé realmente el hecho de la tradición, no es suficiente con la transmisión de realidades objetivas que nos entregan hoy el origen normativo (Palabra-Sacramento), sino que es necesaria también la participación subjetiva en esas realidades para que acontezca un encuentro personal de libertad a libertad, de conciencia a conciencia, de corazón a corazón (Espíritu-Gracia). En esto consiste realmente la transmisión y actualización de la revelación.

Estructura fundamental y esencia del cristianismo

La tradición tiene su origen en la entrega de Jesús y todo lo que la Iglesia es, hace y dice, no consiste sino en actualizarla, haciéndola presente y

eficaz a lo largo del tiempo mediante la asistencia del Espíritu Santo⁵. En el texto de Pablo se desvela una estructura fundamental de la Iglesia que constituye la esencia del cristianismo como elemento inamovible: el apóstol que preside la asamblea en nombre del Señor y la comunidad eclesial reunida para cumplir este mandato de Jesús por la salvación de todos los hombres. La alteridad esencial entre el apóstol y la comunidad, situándose en el centro la entrega del Señor y la referencia última a la salvación del mundo, es el orden teológico de derecho divino al que la Iglesia nunca puede renunciar. Todas las tradiciones que se han ido añadiendo a esta realidad fundamental solamente tienen valor en la medida en que protegen esta Tradición y así nos la entregan hoy viva y fecunda. La verdad de la Iglesia está en la entrega de Cristo, lugar de la revelación de la verdad de Dios y del hombre.

Explicitación y desarrollo de este núcleo esencial

Si este es el centro nuclear de la tradición de la Iglesia, posteriormente se ha ido desarrollando y explicitado en diferentes círculos concéntricos referidos a la confesión de fe en el credo eclesial (doctrina); la celebración del misterio cristiano a través de los sacramentos de la fe (culto); la vida nueva en Cristo vivida desde los mandamientos del Decálogo y el nuevo horizonte de las Bienaventuranzas (vida); y la oración cristiana como experiencia y testimonio de la novedad de la conciencia filial expresada en la oración del Señor, en el Padrenuestro. Esta es la estructura mediante la que el Catecismo de la Iglesia Católica presenta las realidades fundamentales que los cristianos católicos han de creer y vivir. En realidad, aunque más desarrollado, no estamos lejos de los sumarios que presenta Lucas en los Hechos de los Apóstoles cuando como fruto de la recepción del Espíritu en Pentecostés se refiere a la conversión, la recepción del bautismo y el sostenimiento habitual de la vida cristiana: «Se mantenían constantes en la enseñanza de los apóstoles, en la comunión, en la fracción del pan y en las oraciones» (Hch 2,42). La presencia y la acción del Espíritu se manifiesta en el «milagro» cotidiano de la vida de comunión de la

5. Cfr. *Dei Verbum* 8.

comunidad cristiana sostenida en cuatro pilares o notas esenciales a su ser como es la enseñanza o tradición apostólica; la comunión de vida, dones y bienes; la fracción del pan y la celebración litúrgica; la oración que teje la vida diaria⁶.

El crecimiento de la tradición

La tradición, por lo tanto, no puede considerarse como un hecho muerto o un vestigio fosilizado. La tradición crece y se desarrolla, o dicho con mayor precisión, crece la comprensión o conocimiento de ésta «por la contemplación y el estudio de los creyentes, que meditan en su corazón (cfr. Lc 2,19.51); por la percepción íntima que experimenta las cosas espirituales; por el anuncio de aquellos que con la sucesión del episcopado recibieron el carisma de la verdad»⁷. Estrictamente hablando la tradición en cuanto contenido no crece, ya que nadie puede añadir o quitar nada al acto de la entrega de Jesús. Pero a lo largo del tiempo, su comprensión y profundización sí está llamada a crecer y desarrollarse. Ya se ha convertido en un texto clásico la expresión del papa Gregorio Magno cuando afirma que «la comprensión de la Escritura crece con su lectura»⁸. Si respecto al contenido objetivo de la revelación transmitida por la Escritura y la Tradición se nos ha dado de una vez para siempre, su comprensión subjetiva crece en la medida que es acogida por los creyentes en las circunstancias concretas de su vida y de su historia. El carácter definitivo de la revelación de Jesucristo y la tradición apostólica no es incompatible con la afirmación del desarrollo y del crecimiento de su comprensión (*perceptio*) a lo largo del tiempo. Si no fuera posible esta evolución y progreso, todo lo que hemos dicho hasta ahora de la naturaleza personal y pneumática de la transmisión de la revelación y del acto de la tradición no sería real o no tendría sentido. Tal y como hemos dicho antes, en esta relación entre el carácter definitivo de la revelación y el dinamismo de la tradición se pone de relieve la necesidad

6. Cfr. D. MARGERAT, *Los Hechos de los Apóstoles I*, Sígueme, Salamanca 2019, 134-148.

7. *Dei Verbum* 8.

8. GREGORIO MAGNO, *In Ez* 1,7,8 (CCL 142,87).

de establecer una adecuada relación entre Cristo y el Espíritu, entre la dimensión objetiva y cristológica del cristianismo y su dimensión subjetiva y pneumatológica.

4. «El Espíritu de la verdad os guiará hasta la verdad completa» (Jn 16,13)

Esta actualización de la entrega de Cristo por nosotros no puede realizarse sino gracias a la acción del Espíritu. La transmisión de la revelación mediante la interpretación de la Escritura y la comprensión más profunda de la tradición apostólica no puede ser sino un acontecimiento del Espíritu. Él es la memoria viva de Jesús; el actor protagonista del memorial eucarístico; el maestro interior que guía a sus discípulos a la verdad completa; la fuerza y el aliento que sostiene y alienta a los creyentes al testimonio de vida en medio del mundo. El evangelista que más ha reflexionado sobre esta cuestión, al menos de una forma explícita, ha sido Juan. Los que conocemos como los dichos del Paráclito están dentro del discurso de despedida de Jesús a sus discípulos⁹. La cuestión central que aquí afronta el cuarto evangelio es cómo se va a hacer presente el ausente, aquel que, a partir de su pasión y muerte, de su vuelta al Padre, ya no estará más entre los hombres en su condición terrena.

La figura decisiva en este nuevo tiempo es el Paráclito, o mejor dicho el otro Paráclito, el Espíritu de la verdad. Él es el representante del Jesús terreno, no sustituyéndolo, sino haciendo que quien se ha ido al Padre pueda estar presente de forma nueva entre los suyos. El evangelista insiste en que su función y su misión en esta nueva etapa de la historia de la salvación, una vez consumada la revelación del Padre realizada por su Hijo (cfr. Jn 19,30), no es independiente de la acción salvadora y reveladora de Jesús. El Paráclito recuerda, actualiza y profundiza la revelación de Jesucristo: «mucho tengo todavía que deciros, pero ahora no podéis con ello. Cuando venga él, el Espíritu de la verdad, os guiará hasta la verdad

9. Jn 14,15-17; 14,26; 15,26-27; 16,7-11; 16,12-13. Cfr. J. ZUMSTEIN, *El Evangelio según Juan (13-21)*, Sígueme, Salamanca 2016, 92-96; 103-105; 165-180.

completa; pues no hablará por su cuenta, sino que hablará lo que oiga y os explicará lo que ha de venir» (Jn 16,12-13). El texto de Juan muestra la paradoja o la tensión entre el verdadero progreso de la verdad hacia la que el Espíritu nos guía y conduce, pudiendo hablar de una novedad de la revelación del Espíritu en los creyentes; y la referencia a una revelación vicaria respecto de lo que ha oído, sin poder comprender esta novedad en ruptura o superación de la enseñanza de Jesús.

La acción del Espíritu es doble: *anámnesis* o memoria de la enseñanza de Jesús (Jn 14,26: «os lo enseñará todo y os recordará todo lo que yo os he dicho»); y *prolepsis* o anticipación de las realidades futuras (Jn 16,13: «explicará lo que está por venir»). Entre ambas referencias de recuerdo del pasado y anticipación del futuro, él es quien guía y conduce a la verdad completa. Como dice bellamente Jean Zumstein, «el Paráclito es, simultáneamente, artesano de la memoria –hace memoria entre los discípulos de la enseñanza de Cristo encarnado– y hermeneuta; este recuerdo es fecundo, se da una enseñanza»¹⁰. Se trata de un recuerdo vivo, actualizado, nuevo, en la medida en que interpreta para el creyente aquí y ahora la palabra permanente de Jesús. La novedad a la que nos abre el Espíritu es la novedad de Cristo en el presente histórico, por lo que su memoria no se limita a recordar la enseñanza de Jesús en pasado, sino a hacer que el presente actual esté lleno de la presencia salvadora de Cristo. Porque la memoria no es solo el órgano a través del cual el ser humano puede volverse hacia el pasado para recordarlo, actualizarlo y mantenerlo vivo. La memoria es la capacidad para lo Eterno, que es, por definición, el futuro absoluto del ser humano¹¹.

5. Memoria auténtica y progreso genuino

No todo lo que tiene y posee la Iglesia pertenece a su genuina tradición. A lo largo del tiempo en el dinamismo de la transmisión de la revelación a

10. J. ZUMSTEIN, *El Evangelio según Juan*, 104.

11. Cfr. AGUSTÍN DE HIPONA, *Confesiones* X,8,14-28,38; XI,20,26; K. RAHNER, *Curso fundamental sobre la fe*, Herder, Santander 1998⁵, 371-373.

través de la interpretación de la Escritura y la actualización de la tradición se han ido añadiendo tradiciones o realidades que quizá eran necesarias en un determinado momento histórico pero que son perfectamente susceptibles al no pertenecer a su núcleo original. Más aún, este desarrollo es susceptible de deformarse y pervertirse y así las mediaciones que deberían conducirnos a la inmediatez con el origen normativo y fundante, se convierten en «piedra de escándalo» y en obstáculo. Aquí entra en juego la necesidad de la reforma de la Iglesia en sus tradiciones y estructuras humanas, así como de establecer los criterios para que ésta sea verdadera. Desde Ireneo de Lyon hasta John H. Newman, pasando por Vicente de Lerins, nunca han faltado en la Iglesia esta reflexión de los criterios adecuados para verificar la autenticidad de una tradición, su legítimo desarrollo y los criterios de su reforma.

Ireneo de Lyon: regla de fe y sucesión apostólica

Una forma muy breve y sencilla la encontramos en lo que conocemos como reglas de fe en torno a finales del siglo II. Frente al riesgo de un cristianismo gnóstico basado en una tradición privada y particular, Ireneo afirma sin ambigüedad el carácter histórico de la revelación de Dios y propone la *regula fidei* como contenido de la tradición, así como la sucesión apostólica como forma constitutiva de ella. Ireneo trata de mostrar la continuidad entre el contenido dogmático de la fe expuesto en los tres artículos de la regla de la fe (Creemos en un único Dios Creador y Padre; creemos en Jesucristo encarnado; creemos en el Espíritu Santo) y el mensaje del Evangelio transmitido por los apóstoles, así como la sucesión ininterrumpida entre los nombres de los apóstoles y sus sucesores en las sedes episcopales. Evangelio y apóstol expresado actualmente en la regla de la fe y en los obispos como sucesores de los apóstoles son el criterio último y decisivo que, frente a la tendencia gnóstica dentro del cristianismo, garantiza la continuidad de la fe y de la Iglesia actual con la apostólica¹².

12. Propiamente Ireneo habla de *regula veritatis*: IRENEO DE LYON, *Demostración de la predicación apostólica* 3; 6; ID., *Adversus Haereses* I,9,4,109ss.

Vicente de Lerins: antigüedad, universalidad, consenso

El *Commonitorium* de Vicente de Lerins es un escrito en el siglo V. Siguiendo la autoridad de Tertuliano y especialmente de Agustín de Hipona el presbítero galo elabora una serie de criterios para discernir la doctrina auténtica de la herejía. Literalmente este autor presenta *el Tratado del peregrino en defensa de la antigüedad y universalidad de la fe católica contra las profanas novedades de todos los herejes*. La norma suprema de la Iglesia es la Escritura, pero al poder ser mal interpretada, tal y como nos lo demuestra la historia de las herejías, ha de ser acogida y leída en la Tradición según tres criterios fundamentales: *universitas* (frente al donatismo); *antiquitas* (frente al arrianismo); *consensus* (frente al bautismo de los herejes). Siguiendo a Tertuliano parte de la conciencia de que la doctrina o tradición auténtica en la Iglesia católica conecta con el Evangelio y la fe apostólica, y se ha mantenido inalterable desde entonces; a diferencia de la herejía que significa introducir una novedad doctrinal, rompiendo así esa cadena inalterable. Además, la doctrina y tradición auténtica es sostenida por toda la Iglesia universal, mostrando así su real catolicidad, en consenso con la mayoría de los maestros y teólogos, frente a la parcialidad de la doctrina errónea. Para Vicente de Lerins el criterio decisivo es la antigüedad frente a la novedad. La verdadera tradición no supone una innovación doctrinal, frente a la falsa doctrina o herejía que se presenta como tal. Esto no significa que no pueda darse un verdadero progreso en la tradición y en la comprensión de la doctrina. La novedad se sitúa en el ámbito de la formulación, precisión y comprensión de la doctrina, no en el contenido de la doctrina que afecta al «depósito de la fe».

Esta forma de entender la relación entre antigüedad y novedad recuerda la famosa expresión de Juan XXIII que será asumida por la Constitución Pastoral *Gaudium et Spes* 62: «porque una cosa es el depósito mismo de la fe —o sea, sus verdades—, y otra cosa es el modo de formularlas, conservando el mismo contenido»¹³. Realmente, aunque es fácil distinguir en teoría

13. *Gaudium et Spes* 62; Cfr. *Unitatis redintegratio* 6; JUAN XXIII, *El principal objetivo del Concilio*, 14.

entre contenido y lenguaje, el desarrollo de la filosofía del lenguaje nos ha mostrado que lenguaje y realidad están más cerca de lo que en un principio pensamos. Dicho de otra manera, la novedad en la formulación de una doctrina afecta de alguna forma a su contenido ya que ese nuevo lenguaje significa un cambio en la comprensión de la realidad. La novedad lingüística significa una novedad real, por lo que la fidelidad a la tradición y al depósito de la fe no está reñido con la novedad de su comprensión a través de nuevos lenguajes y nuevas formulaciones.

Newman: el verdadero desarrollo de la doctrina cristiana

Es posible, por lo tanto, el progreso y el desarrollo en la tradición. Y para iluminar este aspecto podemos recordar a John Henry Newman y su *Ensayo sobre el desarrollo de la doctrina cristiana* (1845)¹⁴, donde nos ofreció una serie de criterios o notas para distinguir un verdadero progreso de su degradación. Según el cardenal para saber si en una formulación nueva de una doctrina estamos ante un verdadero desarrollo ha de tener estas siete notas: preservación del tipo, continuidad de sus principios; su poder de asimilación; su secuencia lógica; la anticipación del futuro; acción conservadora del pasado; su vigor constante. No podemos entrar aquí a la explicación de cada una de estas notas. Contemplada en su conjunto la propuesta de Newman representa una postura equilibrada, compleja y rigurosa, yendo más allá de un tradicionalismo inmovilista que no acepta ningún tipo de crecimiento o desarrollo de la doctrina y un progresismo revolucionario que plantea una reforma desde la discontinuidad y la ruptura con lo anterior. El desarrollo de la doctrina ha de realizarse en continuidad con el origen de la revelación y la tradición apostólica, desde la capacidad creadora de este origen hacia el futuro, mostrando así una auténtica y verdadera renovación desde la hermenéutica de la continuidad¹⁵. Como dijo Benedicto XVI, respecto a la interpretación del Concilio Vaticano II, es necesaria una

14. J. H. CARDINAL NEWMAN, *An Essay on the Development of Christian Doctrine*, Foreword by Ian Ker, University of Notre Dame Press, Notre Dame 1989.

15. Cfr. I. KER, *Newman on II Vatican Council*, Oxford University Press, Oxford 2014.

hermenéutica de la reforma, de la renovación dentro de la continuidad, y no desde la ruptura¹⁶.

Congar: Verdadera y falsa reforma

Concluimos con la ayuda del teólogo dominico Yves Congar, cuando en su gran obra sobre la reforma en la Iglesia, señaló cuatro condiciones para que la renovación de la tradición sea verdadera y no falsa: la primacía de la caridad y del sentido pastoral; permanecer en la comunión del todo; la paciencia y el respeto a las dilaciones; el retorno al principio de la tradición¹⁷. No están lejos estas condiciones de las claves fundamentales de la reforma propugnada por el papa Francisco en su exhortación programática *Evangelii Gaudium* al situar en el centro la conversión y transformación misionera de la Iglesia desde el corazón del Evangelio, donde «las costumbres, los horarios, el lenguaje, y toda estructura eclesial se convierta en un cauce adecuado para la evangelización del mundo actual más que para su autopreservación»¹⁸. Porque al final, como reza nuestro título, no se trata más que de «hacer la memoria de Jesús», su vida entregada por la salvación del mundo.

16. BENEDICTO XVI «*Discurso del Santo Padre Benedicto XVI a los cardenales, arzobispos, obispos y prelados superiores de la curia romana*»: «Por una parte existe una interpretación que podría llamar «hermenéutica de la discontinuidad y de la ruptura»; a menudo ha contado con la simpatía de los medios de comunicación y también de una parte de la teología moderna. Por otra parte, está la «hermenéutica de la reforma», de la renovación dentro de la continuidad del único sujeto-Iglesia, que el Señor nos ha dado; es un sujeto que crece en el tiempo y se desarrolla, pero permaneciendo siempre el mismo, único sujeto del pueblo de Dios en camino».

17. Y. CONGAR, *La reforma en la Iglesia. Criterios históricos y teológicos*, Sígueme, Salamanca 2019.

18. FRANCISCO, *Evangelii Gaudium* 27.